

Las dos raíces del totalitarismo chavista

Pedro Trigo, s.j.*



Comenzamos siendo un régimen totalitario, sobre todo por dos motivos. El primero, que Chávez, el caudillo, tomó la presidencia de la República con una ideología militar según la cual, el presidente de la República, era para él como el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, en el sentido preciso de que tenía que ser obedecido de modo no deliberante. Esta manera de entender la conducción del país, asimilándola a la de las Fuerzas Armadas, es absolutamente incompatible con la democracia.

Entró a gobernar con esta concepción, pero no la pudo aplicar con toda consecuencia, sino a medida que tuvo el control de todos los poderes y, sobre todo, de la opinión. Fue tan obvio para todos que el Presidente ejercía la presidencia de la República como comandante en jefe, es decir, que ese era su

La segunda fuente del totalitarismo fue la adopción del modelo revolucionario cubano. Puede discutirse si ya estaba en su mente desde el comienzo por sus encuentros sistemáticos con la parte más ortodoxa del Partido Comunista, con la que se reunía sistemáticamente durante la década que duró la conspiración...

talante, que lo empezaron a llamar comandante, hasta que en la última década todos los suyos fueron llamándolo así. Y, obviamente, no era un insulto, sino un reconocimiento y él lo recibía de ese modo. Por eso todo lo que planteó fueron misiones, campañas, batallas. Como el enemigo principal era interno, aunque las ganara todas, siempre perdían venezolanos, en definitiva, siempre perdía Venezuela.

Hay que señalar, y es importante hacerlo en esta coyuntura, que esta ideología militarista no viene determinada por ser militar de carrera ya que durante toda la democracia y aun antes ha habido militares que han distinguido el modo de relaciones característico de las Fuerzas Armadas del de la sociedad civil, donde está ubicada la política y en concreto la estructura democrática. También se puede señalar el caso de políticos que se relacionan dentro de su organización de modo caudillista, dificultando o impidiendo la verdadera democracia, aunque subsistan las formas.

Decíamos que Chávez fue obrando cautelosamente hasta lograr el control de la opinión. Ese control lo obtuvo por hegemonía, pero no en el sentido democrático, sino al modo del líder carismático. Hegemonía significa, en el sentido original aristotélico, que los dirigidos perciban que sus intereses están representados en el interés del que gobierna porque en definitiva es parte de ellos. Ade-

más el modo como hace ver esta coincidencia de fondo y que legitima la representación es el diálogo: la propuesta limpia de lo que propone y actúa, y el examen por parte de los representados y la discusión abierta y franca, orientados todos por la honradez con la realidad. Esa es la hegemonía democrática.

En cambio el líder carismático, según la concepción clásica de Max Weber, encanta a las masas de tal manera que en su entusiasmo siguen al líder, abandonándose a él. Así, inconscientemente para ambos, el líder se los traga, de manera que él es la patria y que todos son él. Así fue el liderazgo de Chávez. Por eso pudo decir y dijo que él era la patria y por eso cundió el eslogan “yo soy Chávez”, “todos somos Chávez”. Realmente tuvo una capacidad de encantamiento de dimensiones desconocidas en nuestro país y que apenas tendrá paralelos en la historia republicana de Nuestra América.

La segunda fuente del totalitarismo fue la adopción del modelo revolucionario cubano. Puede discutirse si ya estaba en su mente desde el comienzo por sus encuentros sistemáticos con la parte más ortodoxa del Partido Comunista, con la que se reunía sistemáticamente durante la década que duró la conspiración, que incluyó dos intentos de golpe de Estado y que acabaría llevándolo al poder electoralmente, o si fue arrastrado a ese modelo tras el paro patronal,



THE DAILY BEAST

Chávez perdió el referéndum. Pero, como no era demócrata, implementó, mediante decretos presidenciales, todo lo que le había sido negado en el plebiscito. Con esto quedaba probado que su contacto con el pueblo era solo para convencerlo: para bajar la línea, según la jerga marxista.

la huelga petrolera y el golpe de Estado. De todos modos, hay que reconocer la responsabilidad de los dueños de los principales medios de comunicación y de los grandes empresarios, obviamente que no todos, en ese corrimiento de la política de Chávez.

Lo cierto es que él llegó a creerse el hijo, el sucesor de Fidel, en el sentido preciso del que ocuparía su lugar en América Latina. Y también lo es que Fidel alentó esa percepción con la finalidad o al menos con el resultado del apoyo masivo del gobierno chavista al gobierno cubano y de la cubanización del gobierno venezolano.

Toda revolución, al pretender que todo lo anterior había sido negativo y que con ella comienza la positividad política, es totalitaria. Y esa percepción negativa de nuestra historia, incluida la democracia, la inculcó Chávez sistemáticamente. En efecto, ese corte con la historia y ese nuevo comienzo trae como consecuencia que los revolucionarios son el verdadero sujeto político y que los demás ciudadanos son o adherentes que tienen que ser moldeados por la revolución para que se conviertan en sujetos de ella y por tanto en personas positivas, o personas neutras que tienen que ser reeducadas por el Estado porque ellas son incapaces de ver lo que les conviene y de ponerlo en práctica, o enemigos porque por su obcecación o por defender sus intereses, que en el fondo es lo mismo, se oponen a la revolución.

Esta manera de entender la historia y la política trae como consecuencia que, bajo cualquier fachada política, el Estado no sea democrático. Si, como en el caso venezolano a causa de la hegemonía carismática del líder, eso se puede llevar a cabo con elecciones y Parlamento, mejor. Pero lo fundamental no es la forma, sino la conducción revolucionaria, que no es deliberativa. Por eso no es democrático. Las deliberaciones quedan, en el mejor de los casos, para el comité central del partido, aunque, si hay carisma, como es el caso venezolano, el jefe lo resuelve todo. Por eso Chávez tuvo claro que tenía que copar el Parlamento para asegurarse el control de todos los poderes. Y eso fue lo que hizo. Una vez logrado, todo se hacía con fachada democrática, pero el Parlamento no era ningún foro de discusión abierta, sino el modo de bajar la línea del jefe.

El momento en que se evidenció que las elecciones eran pura fachada y ab-

solutamente nada más, fue cuando Chávez propuso el referéndum para la reforma de la Constitución en el sentido de Cuba. Chávez perdió el referéndum. Pero, como no era demócrata, implementó, mediante decretos presidenciales, todo lo que le había sido negado en el plebiscito. Con esto quedaba probado que su contacto con el pueblo era solo para convencerlo: para bajar la línea, según la jerga marxista. Se probó que no era una interlocución abierta en la que él pudiera rectificar obedeciendo su parecer. Él, como comandante en jefe y como líder de la revolución, tenía la primera y la última palabra. Al pueblo le correspondía entrar por su camino. No había más camino. Totalitarismo puro y duro.

TOTALITARISMO: IMPONER UN MODELO TOTAL

Así pues, lo fundamental del totalitarismo es imponer un modelo no solo político, sino económico e ideológico. Las formas pueden mantenerse en tanto sean buenas conductoras de ese modelo o en tanto se las pueda obligar a servirlo en último término, ya que es más factible mantener esa dirección, en definitiva, ese modelo, de manera que haya varios canales que si el canal es único. Ya que en este último caso se evidencia más su carácter totalitario y provoca más resistencias.

Para que se comprenda mejor lo que decimos, tomemos otro caso de totalitarismo: el de la dirección dominante de esta figura histórica globalizada. Esta dirección es comandada por las corporaciones globalizadas y en el fondo el capital financiero. Es una dirección totalitaria porque todo lo enfocan a su modelo y a su propuesta. Y se sirven de todas las instituciones para lograrlo, mediatizándolas y por tanto vaciando la democracia. Lo fundamental para ellos es que rija sin contrapeso el esquema de la seducción de las mercancías y la imposición del sistema mercantil, que tendencialmente se equipara al mundo ya que se extiende progresivamente a todo: todo se oferta, no solo cosas sino el éxito, la salud, los amigos, la paz, hasta Dios y el amor y la posibilidad de orbitar la tierra y la posibilidad de supervivencia cuando se vea cómo revertir la muerte. Pero el mercado no es libre: es oligopólico. Ahora bien, cada

Tenemos que seguir cultivando la convivialidad y tenemos que convidar a ella a todos, sin etiquetas. Tenemos que seguir cualificándonos y trabajar por hacer las cosas bien. En la familia tenemos que suplir con cariño lo que falta de pan. Y tenemos que hacer del grupo de trabajo una comunidad de solidaridad.

vez más la primacía no la tienen las corporaciones globalizadas, digamos los fabricantes, sino los grandes financistas y ellos en definitiva dominan por el miedo que causa la amenaza de no invertir o de que baje estrepitosamente la bolsa y todo se hunda. Ante esta amenaza, los políticos ceden a todas sus exigencias. Estamos, pues, ante un sistema totalitario, más aún, fetichista, ya que vive de víctimas. Es inflexible en lo que tiene que ver con el modelo; pero extraordinariamente versátil en todo lo demás, para que no se polarice la opinión en torno a lo férreo de su imposición y las consecuencias no solo deshumanizadas, sino atentatorias contra la vida.

LA INCAPACIDAD MINÓ EL PROYECTO ALTERNATIVO

En nuestro caso venezolano mientras se mantuvo la bonanza petrolera y el carisma del líder, la propuesta totalitaria fue ganando terreno a la medida de su capacidad para configurar lo que decretaban. El problema fue que esa capacidad brilló por su ausencia. En los primeros lustros de su existencia, la revolución cubana pudo alardear de sus éxitos en salud, educación, seguridad y atletismo y con ello contrapesaban las acusaciones que les hacían de encuadrar tan férreamente a la población. Sin embargo la revolución de Venezuela no conoce más éxito que el de la propaganda y el de la capacidad de destruir el aparato productivo, la institucionalidad y la cohesión social. El primero, pura imagen que enmascaraba la realidad y el segundo, un éxito miserable ya que el contenido es destruir, no construir.

Esa incapacidad ha sido tan notoria, que lo único que han sabido hacer es ocupar espacios. Pero espacios vacíos, sin vida, sin convivencia, sin producción. El caso más significativo son las manifestaciones. Me he cruzado cientos de veces con los funcionarios que van a la marcha porque les toman lista, obligados, y por eso van sin hablar, sin mirarse, sin marchar, sin ningún entusiasmo, sin ninguna causa. Solo van, y en cuanto pueden se van. Se ocupa la calle, pero no sucede nada. Una vez sentí tanta pena ajena que estuve por meterme en el exiguo grupo que en Miraflores estaba debajo de la tarima del Presidente, que hablaba. Era notorio que no escuchaban. La mitad de la plaza de Miraflores, hacia la salida, estaba ya medio

libre por los que se iban yendo, en la Urdaneta la gente se iba hacia la Baralt o la Sucre o conversaban o algún grupo bailaba. Entre tanto el Presidente seguía hablando en la avenida a través de unas pantallas gigantes y no lo escuchaba nadie. Es el símbolo de todo lo del Gobierno: ocupan todo el espacio, impiden que otros lo ocupen; pero no pasa nada, no hacen nada, no hay ninguna alternativa; ni siquiera indoctrinación.

EN LA DICTADURA NO HAY PROYECTO, SOLO PODER PARA DOMINAR Y ENRIQUECERSE

Pero como el vacío no se sostiene, el espacio se va ocupando, no ya en nada alternativo, sino en pescar cada quien en esas aguas revueltas; es decir, en la discrecionalidad, opacidad e impunidad absolutas.

Como no ha funcionado ningún proyecto, lo que se propone sirve para repartirse el presupuesto. Se dice no al comercio; las alternativas, desde las distintas cadenas de distribución, todas bolivarianas, hasta los Claps o, ahora, Clahps, sirven para lucrarse los encargados, para dar a los suyos y para someter a los demás. Las horas perdidas en las colas son incalculables; pero como para una mayoría creciente no hay nada más que hacer, se les obliga a mendigar al Gobierno. No hay pasaportes. Por tanto, se lo damos por quinientos dólares. Así pasa con cada vez más cosas.

La Guardia Nacional se ocupa de requisar a los que circulan con algo o de cobrar a los agricultores para que no les roben la cosecha. Todo esto es tristísimo, pero lo que ya parece demencial es entregar cada día más parcelas del territorio nacional a bandas, que ocupan el territorio, desplazando al Estado o en complicidad con él, e imponen su ley, cobrando un impuesto mensual a vecinos, a los que no les alcanza para comer. La incapacidad del Gobierno lleva a que todo se haya anarquizado y en primer lugar el propio Estado, en cuyas dependencias cada vez funcionan más las cosas por los caminos verdes, es decir pagando al funcionario, y con cuenta gotas.

Así pues, ya se ha abandonado cualquier proyecto alternativo. De la revolución no existe ni la sombra. Pero subsiste el copamiento del espacio por parte del "proceso" para lucrarse, es decir, mafiosamente. Si no hay ya ninguna pretensión alternativa, no hay totalitarismo. Pero si la anarquización está copada por



MUNDO24

Así pues, ya se ha abandonado cualquier proyecto alternativo. De la revolución no existe ni la sombra. Pero subiste el copamiento del espacio por parte del "proceso" para lucrarse, es decir, mafiosamente.

el Gobierno, que se lucra de ella e impide cualquier vía alternativa, y sobre todo que funcionen los mecanismos institucionales, que son los canales de la democracia, ante todo las elecciones, es que estamos en una dictadura. Podemos calificarla así porque, aunque a nivel formal existen las instituciones, están copadas por el Gobierno y las que no controla, las neutraliza por argucias en contra de la Constitución.

Lo típico de la dictadura es ponerlo todo en función, no de un proyecto comprensivo, como el totalitarismo, sino del poder, del poder desnudo con el que dominan y se enriquecen. Como controla el espacio, no hay manifestaciones. Como la gente está hambrienta y enferma y amenazada siempre por la inseguridad impune ¿cómo se va a oponer al Gobierno? Por eso la inmensa mayoría de la gente está en contra de él; pero él sigue controlando todos los espacios y desplaza sin contemplaciones a quien pretende ocuparlos. Es una dictadura.

En lo que esta dictadura no es una vulgar dictadura decimonónica sino algo muy inferior, muchísimo peor a las que hemos tenido en el siglo xx, es en que estas tenían una pretensión de echar adelante al país, al menos a nivel económico y con predominio indiscutido de los propietarios. Esta se basa, por el contrario, en que la inmensa mayoría está contra el suelo y es exprimida sin piedad por los funcionarios y los aliados del Gobierno. Su fortaleza se basa en

que han debilitado hasta el extremo a la mayoría de los ciudadanos. Una dictadura miserable, abyecta, inhumana.

¿QUÉ PODEMOS HACER?

Ante ese estado ¿qué podemos hacer? Ante todo no plegarnos a esta anarquía, ante esta propensión a aprovecharnos de la situación, ante el mecanismo excluyente. Tenemos que conservar nuestra propia humanidad. Para nosotros no tiene que valer todo. No podemos aceptar entrar en esa guerra sin cuartel para acabar con el enemigo. No podemos vernos como el enemigo, como nos ve el Gobierno. Tenemos que conservar a costa de lo que sea nuestra dignidad y tratar a todos con dignidad, hagan ellos lo que hagan.

Frente al "con la revolución todo y sin la revolución nada", tenemos que colocar la polifonía de la vida, no reductible a esos esquemas simplistas. Tenemos que valorar cada nivel de la realidad y cultivarlo. Tenemos que seguir cultivando la convivencia y tenemos que convivir a ella a todos, sin etiquetas. Tenemos que seguir cualificándonos y trabajar por hacer las cosas bien. En la familia tenemos que suplir con cariño lo que falta de pan. Y tenemos que hacer del grupo de trabajo una comunidad de solidaridad.

Aunque nos resulte muy cuesta arriba, tenemos que hacer verdad que "no solo de pan vive el hombre", aunque todos sintamos en esta hora que el pan es muy necesario porque tenemos hambre. Tenemos que probarnos a nosotros mismos que se pueden hacer muchas cosas sin dinero, o con poco; es decir, que se pueden hacer más allá del mercado. Todo esto tiene que configurar una vida alternativa.

Si esto no se da, si no empleamos energías sustanciales en esta reconfiguración del sujeto y de la cotidianidad, no habrá ninguna posibilidad de una solución alternativa. Hay que decir que, gracias a Dios, esta subjetividad y esta cotidianidad no se ha destruido del todo. Ni mucho menos. Impacta mucho a quienes nos visitan, observar manifestaciones como las que hemos expresado. Son nuestro capital humano y tenemos que consolidarlo.

Pero no basta. Sobre esta base tenemos que volver a ocuparnos de las comunidades de base, de las de referencia y de las de solidaridad. Las primeras son las más difíciles porque, como dijimos,

En primer lugar tiene que ser aparcada la política partidista. Si no entienden esto los partidos políticos, carecen de legitimidad, porque por su ceguera forman parte del problema y no de la solución. La política es legítima, pero esta no es su hora. Esta es la hora de lo que decimos política con mayúsculas.



UNIVISIÓN

el chavismo tiene copado el terreno. Pero ya es hora de intentarlo, porque cada vez es más patente que están secuestradas y en gran medida rutinizadas; es decir, que no existen como verdaderas comunidades. Y además mucha gente está muy quemada. Las que todavía existen van viendo que lo del Gobierno es ya solo rapiña, que en la realidad no hay ninguna propuesta alternativa, ningún plan verdadero, que casi no queda ya ni la fachada. Y que ellas no pueden seguir asociadas a ese megalatrocenio en que ha venido a parar una propuesta en la que creyeron y que los movilizó.

No se puede entrar con propuestas específicamente políticas porque eso es lo que está gastado y es muy pronto para intentar un recambio. Hay que entrar por la vida para salvaguardarla, tanto la vida física como su integridad humana y la convivencia destruida. Eso es lo que hay que rehacer. Desde lo que está a su alcance hasta soluciones más estructurales, haciendo ver que lo que propone el Gobierno es en cada caso una versión más infeliz de lo que nunca ha funcionado. Y que solo sirve para corromperlos.

Esto mismo hay que intentarlo en grupos de referencia y solidaridad a nivel de clase media. El objetivo es recrear la vida, tan disminuida, amenazada y escarnecida.

Desde ahí es que hay que formar el ambiente para que todos nos aboquemos a que haya alimentos y poder adquisitivo para adquirirlos y producción en el país con alta productividad, porque en cualquier otro caso nunca alcanzarán las divisas. Nos tenemos que poner de acuerdo para que eso se dé. Esto mismo respecto de las medicinas. Y respecto de la seguridad. Todo esto es tan decisivo que todo lo demás tiene que ser

aparcado hasta después que se resuelva esto. En primer lugar tiene que ser aparcada la política partidista. Si no entienden esto los partidos políticos, carecen de legitimidad, porque por su ceguera forman parte del problema y no de la solución. La política es legítima, pero esta no es su hora. Esta es la hora de lo que decimos política con mayúsculas. En concreto abocarnos todos a resolver estructuralmente, no mediante operativos que lo que hacen es correr la arruga, esos tres grandes problemas.

Para eso es necesario lograr un acuerdo nacional. Es importante insistir a los chavistas que el país los necesita y que para eso tienen que deslindarse de los ladrones ideologizados e ineficientes que están en el poder. En caso contrario, al uncir su destino al de ellos, caerán con el Gobierno. También es importante insistir públicamente a los militares que no se han corrompido ni ideologizado, que tienen que velar porque se respete la Constitución. Que eso no es un golpe de Estado, que el golpe de Estado lo viene dando sistemáticamente el Gobierno. Es únicamente obligar al Gobierno a que cumpla la Constitución. Los partidos tienen que atenerse a acompañar y, si es posible, liderar a la ciudadanía a lograr esos tres objetivos interconectados y a lograrlos, repetimos, estructuralmente, no mediante operativos que no resuelven nada. Cuando eso se logre, volverá la política partidista. Antes no tiene lugar. Ahora bien, los partidos tienen que tener muy claro que su legitimidad futura dependerá de su desempeño en este objetivo irremplazable.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.